



La Santa Sede

CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LAS RELIGIOSAS CLARISAS EN EL VIII CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA CLARA

Queridas religiosas de vida contemplativa:

1. Hace ochocientos años nacía Clara de Asís en el seno de la familia del noble Favarone di Offreduccio.

Esta *mujer nueva*, como han escrito refiriéndose a ella en una carta reciente los ministros generales de las familias franciscanas, vivió como una *pequeña planta* a la sombra de san Francisco, que la condujo a las cimas de la perfección cristiana. La celebración de esta criatura verdaderamente evangélica quiere ser, sobre todo, una invitación al redescubrimiento de la contemplación, de ese itinerario espiritual del que sólo los místicos tienen una experiencia profunda. Quien lee su antigua biografía y sus escritos —la *Forma de vida*, el *Testamento* y las *cuatro cartas* que se han conservado de las muchas dirigidas a santa Inés de Praga— penetra hasta tal punto en el misterio de Dios, uno y trino, y de Cristo, Verbo encarnado, que permanece casi deslumbrado. Esos escritos están tan marcados por el amor que en ella suscitó el mirar ardorosa y prolongadamente a Cristo, el Señor, que no es fácil referir lo que sólo un corazón de mujer pudo experimentar.

2. El itinerario contemplativo de Clara, que se concluirá con la visión del "Rey de la gloria" (*Proc. IV, 19: FF 3.017*), comienza precisamente con su entrega total al Espíritu del Señor, como hizo María en la Anunciación. Es decir, comienza con el espíritu de pobreza (cf. *Lc 1, 48*) que no deja nada en ella, salvo la simplicidad de su mirada fija en Dios.

Para Clara la pobreza —tan amada y citada en sus escritos— es la riqueza del alma que, despojada de sus bienes propios, se abre al "Espíritu del Señor y a su santa obra" (cf. *Reg. S. Ch. X, 10: FF 2.811*), como un recipiente vacío en el que Dios puede derramar la abundancia de sus dones. El paralelismo entre María y Clara aparece en el primer escrito de san Francisco, en la

Forma vivendi dada a Clara: "Por inspiración divina os habéis hecho hijas y siervas del altísimo y sumo Rey, el Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del santo Evangelio" (*Forma vivendi*, en *Reg. S. Ch. VI*, 3: FF 2.788).

A Clara y sus hermanas se las llama *esposas del Espíritu Santo*: término inusitado en la historia de la Iglesia, donde la religiosa, la monja siempre es calificada como *esposa de Cristo*. Pero resuenan aquí algunos términos del relato lucano de la Anunciación (cf. *Lc* 1, 26-38), que se transforman en palabras-clave para expresar la experiencia de Clara: el *Altísimo*, el *Espíritu Santo*, el *Hijo de Dios*, la *sierva del Señor*, y, en fin, el *cubrir con su sombra*, que para Clara es la velación, cuando sus cabellos, cortados, caen a los pies del altar de la Virgen María en la Porciúncula, "casi delante del tálamo nupcial" (cf. *Legg. S. Ch. 8*: FF 3.170-3.172).

3. La *obra del Espíritu del Señor*, que se nos dona en el bautismo, consiste en reproducir en el cristiano el rostro del Hijo de Dios. En la soledad y el silencio, que Clara elige como forma de vida para ella misma y para sus hermanas entre las paredes paupérrimas de su monasterio, a mitad de camino entre Asís y la Porciúncula, se disipa la cortina de humo de las palabras y las cosas terrenas, y se hace realidad la comunión con Dios: amor que nace y se entrega.

Clara, tras contemplar en la oración al Niño de Belén, exhorta con las siguientes palabras: "Dado que esta visión de él es esplendor de la gloria eterna, fulgor de la luz perenne y espejo sin mancha, lleva cada día tu alma a este espejo... Mira la pobreza de aquel que fue recostado en un pesebre y envuelto en pobres pañales. ¡Oh admirable humildad y pobreza, que produce asombro! ¡El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra, está recostado en un pesebre!" (*Cartas IV*, 14.19-21: FF 2.902-2.904).

Ni siquiera se da cuenta de que también su seno de virgen consagrada y de "virgen pobrecilla" unida a "Cristo pobre" (cf. *Cartas II*, 18: FF 2.878) se convierte, por medio de la contemplación y la transformación, en cuna del Hijo de Dios (*Proc. IX*, 4: FF 3.062). En un momento de gran peligro, cuando el monasterio está a punto de caer en manos de las tropas sarracenas reclutadas por el emperador Federico II, la voz de este Niño, desde la Eucaristía, la tranquiliza: "¡Yo os protegeré siempre!" (*Legg. S. Ch. 22*: FF 3.202).

La noche de Navidad de 1252, el Niño Jesús transporta a Clara lejos de su lecho de enferma, y el amor, que carece de lugar y tiempo, la envuelve en una experiencia mística que la introduce en la profundidad infinita de Dios.

4. Si Catalina de Siena es la santa llena de pasión por la sangre de Cristo; si Teresa la Grande es la mujer que va de "morada" en "morada" hasta llegar al umbral del gran Rey en el Castillo interior; y si Teresa del Niño Jesús es la que recorre con sencillez evangélica el caminito, Clara es la *amante apasionada del Crucificado pobre*, con quien quiere identificarse totalmente.

En una de sus cartas se expresa de la siguiente manera: "Mira que él por ti se ha hecho objeto de desprecio, y sigue su ejemplo, haciéndote, por amor suyo, despreciable en este mundo. Mira... a tu Esposo, el más hermoso de entre los hijos de los hombres, que por tu salvación se hizo el más vil de los hombres, despreciado, maltratado y flagelado repetidamente en todo el cuerpo, e incluso agonizante entre los dolores más terribles en la cruz. Medita, contempla y trata de imitarlo. Si con él sufres, con él reinarás; si con él lloras, con él gozarás; si con él mueres en la cruz de la tribulación, poseerás con él las moradas celestiales en el esplendor de los santos, y tu nombre quedará escrito en el Libro de la vida..." (*Cartas II, 19-22: FF 2.879-2.880*).

Clara, que ingresó en el monasterio cuando tenía apenas 18 años, muere allí a los 59, tras una vida de sufrimientos, oración constante, austeridad y penitencia. Por este *deseo ardiente del Crucificado pobre* nada le pesará jamás, hasta el punto de que, ya agonizante, dijo a fray Reinaldo, que la asistía "en el largo martirio de tan graves enfermedades"...: "Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por medio de su siervo Francisco, ninguna pena me ha resultado molesta y ninguna penitencia, gravosa; ninguna enfermedad me ha resultado dura, hermano querido" (*Legg. S. Ch. 44: FF 3.247*).

5. Pero Cristo, al sufrir en la cruz, también refleja la gloria del Padre y atrae hacia sí en su Pascua a quien lo ha amado hasta compartir sus sufrimientos por amor.

La frágil joven de 18 años que, al huir de su casa la noche del domingo de Ramos del año 1212, se lanza sin titubear a esa nueva experiencia, creyendo sólo en el Evangelio que le indicó Francisco, completamente sumergida con los ojos del rostro y con los del corazón en el Cristo pobre y crucificado, experimenta esta unión que la transforma: "Coloca tus ojos —escribe a Inés de Praga— ante el espejo de la eternidad, coloca tu alma en el esplendor de la gloria, coloca tu corazón en aquel que es figura de la sustancia divina y transfórmate totalmente, por medio de la contemplación, en la imagen de su divinidad. Entonces también tú experimentarás lo que está reservado únicamente a sus amigos, y gustarás la dulzura secreta que Dios mismo ha reservado desde el inicio a los que lo aman. Sin conceder ni siquiera una mirada a las seducciones, que en este mundo falaz y agitado tienden lazos a los ciegos para atraer hacia ellas su corazón, con todo tu ser ama a aquel que por tu amor se entregó" (*Cartas III, 12-15: FF 2.888-2.889*).

Entonces el duro tálamo de la cruz se convierte en el dulce tálamo de boda y la *recluida para siempre por amor* encuentra los tonos más apasionados de la Esposa del cántico: "¡Atráeme hacia ti, oh Esposo celestial!... Correré sin cansarme jamás, hasta que me introduzcas en tu celda" (*Cartas IV, 30-32: FF 2.906*).

Encerrada en el monasterio de San Damián, en una vida marcada por la pobreza, el cansancio, la tribulación y la enfermedad, pero también por una comunión fraterna tan intensa que, en el lenguaje de la *Forma de vida*, recibe el nombre de "santa unidad" (*Bula inicial, 18: FF 2.749*), Clara siente la alegría más pura que se haya concedido experimentar a una criatura: la de vivir en

Cristo la unión perfecta de las tres Personas divinas, entrando casi en la el circuito inefable del amor trinitario.

6. La vida de Clara, bajo la guía de Francisco, no fue una vida eremítica, aunque fue contemplativa y de clausura. Alrededor de ella, que quería vivir como las aves del cielo y los lirios del campo (*Mt* 6, 26. 28), se reunió un primer núcleo de hermanas, contentas sólo con Dios. Esta *pequeña grey*, que rápidamente fue aumentando —en agosto de 1228 los monasterios de las clarisas eran al menos 25 (cf. *Cartas del cardenal Reinaldo: AFH* 5, 1912, pp. 444-446)— no alimentaba ningún temor (cf. *Lc* 12, 32): la fe era para ellas motivo de tranquilidad y seguridad frente a todo peligro. Clara y las hermanas tenían un corazón tan grande como el mundo: como contemplativas, intercedían por toda la humanidad. Como almas sensibles a los problemas cotidianos de cada uno, sabían hacerse cargo de toda aflicción: no había ninguna preocupación, ningún sufrimiento, ninguna angustia o desesperación ajena que no hallara eco en su corazón de mujeres entregadas a la oración. Clara lloró y suplicó al Señor por la amada ciudad de Asís, asediada por las tropas de Vitale di Aversa, y logró que la ciudad fuera librada de la guerra. Oraba todos los días por los enfermos y muchas veces los curaba con el signo de la cruz. Persuadida de que sólo tiene vida apostólica quien se sumerge en el pecho desgarrado de Cristo crucificado, escribía a Inés de Praga con las palabras de san Pablo: "Te considero colaboradora de Dios mismo (*Rm* 16, 3) y apoyo de los miembros débiles y vacilantes de su Cuerpo inefable" (*Cartas* III, 8: *FF* 2.886).

7. También gracias a un tipo de iconografía que tuvo mucho éxito a partir del siglo XVII, a Clara de Asís se la representa a menudo con el ostensorio en la mano. El gesto recuerda, aunque en una actitud más solemne, la realidad humilde de esta mujer que, ya muy enferma, se postraba, sostenida por dos hermanas, ante el tabernáculo de plata que contenía la Eucaristía (cf. *Legg. S. Ch.* 21: *FF* 3.201), colocado delante de la puerta del refectorio, donde estaba a punto de irrumpir la furia de las tropas del emperador. Clara vivía de ese pan, aunque, según las costumbres de su tiempo, sólo lo podía recibir siete veces al año. En el lecho de su enfermedad bordaba corporales y los mandaba a las iglesias pobres del valle de Espoleto.

En realidad, toda la vida de Clara era una *eucaristía*, porque —al igual que Francisco— elevaba desde su clausura una continua *acción de gracias* a Dios con la oración, la alabanza, la súplica, la intercesión, el llanto, el ofrecimiento y el sacrificio. Acogía y ofrecía todo al Padre en unión con la infinita *acción de gracias* del Hijo unigénito, niño, crucificado, resucitado y vivo a la derecha del Padre.

Queridas hermanas, en este aniversario jubilar, la atención de toda la Iglesia se dirige con mayor interés a la figura luminosa de vuestra madre amadísima. Vuestra mirada debe fijarse en ella con mayor fervor, a fin de que su ejemplo os estimule a intensificar vuestra correspondencia a las gracias del Señor, mediante la entrega diaria a ese compromiso de vida contemplativa, de la que la Iglesia obtiene tanta fuerza para su acción misionera en el mundo de hoy.

Cristo, nuestro Señor, sea vuestra luz y la alegría de vuestro corazón.

Con estos deseos, en señal de afecto profundo, os imparto a todas una especial bendición apostólica.

Dado en el Vaticano, el 11 de agosto —memoria litúrgica de santa Clara de Asís—, de 1993, décimo quinto año de mi pontificado.

JUAN PABLO II

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana